

Juan David Chávez Giraldo  
jdchavez@unal.edu.co



E

**l patio doméstico  
hispanoamericano**

*The domestic Spanish American  
courtyard*

## **Resumen**

*En este texto se presenta una descripción analítica del origen y los aspectos simbólicos más representativos de la casa colonial instaurada por los españoles en América durante el proceso de colonización del continente, basada en el tipo arquitectónico de los patios articuladores. Se destaca el carácter numinoso de la estructura mental de la casa patial hispanoamericana, establecido a partir de la conexión vertical simbólica entre el hogar y el cielo como lugar divino.*

## **Palabras claves**

*Casa, espacio doméstico, hogar, patio.*

## **Abstract**

*This text presents an analytical description of the origin and most representative symbolic aspects of the colonial house established by the Spanish in America during the continent's colonization based on the architectural type of articulating courtyard. It highlights the numinous character of the mental structure of the Spanish American patio house, established after the symbolic vertical connection between hearth and heaven as divine place.*

## **Keywords**

*Domestic space, courtyard, hearth, house.*

## **Imagen separata**

*Casa de patio republicana, Barbosa, Antioquia.*

*Fotografía: Juan David Chávez G*

Para citar este artículo: Chávez Giraldo, Juan David (2015). El patio doméstico hispanoamericano. En Arquetipo volumen (10), enero - junio 2015 pp. 61 - 70

Nota: este artículo fue publicado en la revista ANDINAS de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de San Juan, Argentina en el número 2, año 3 (2014). La cual concedió el permiso de publicación. El índice puede verse en:

<http://www.faud.unsj.edu.ar/revista-andinas/catalogo-anuario-andinas>

# *El patio doméstico hispanoamericano\**

## *The domestic Spanish American courtyard*

Juan David Chávez Giraldo\*\*

jdchavez@unal.edu.co

63

La llegada de los españoles a América, en 1492, impactó determinadamente a las culturas indígenas, entre otras cosas por el hecho de que la colonización estuvo impulsada por intereses económicos, políticos, expansionistas y religiosos, cuya estrategia fundamental de implantación cultural fue la ciudad, que instauraba un mundo habitable bajo el juicio de la razón moderna. Inicialmente, los caseríos fundados eran bastante simples, en ellos se establecían entre diez y treinta fundadores en un asiento reticulado donde se ubicaban el templo y las viviendas, hechas con materiales perecederos que poco a poco se consolidaron materialmente y que fueron adoptando el tipo arquitectónico de patios conocido como la casa colonial española, tema central de este artículo.

### **Origen del arquetipo**

En contrapunto con la choza ancestral, uno de los dos arquetipos originales de la vivienda, el espacio arquitectónico correspondiente a la evolución de la caverna ancestral tuvo mayor continuidad en

---

\* Este trabajo es síntesis de uno de los capítulos de la tesis titulada "Casa, hogar y cielo. Las tres miradas debreyanas sobre el espacio doméstico en el valle de los aburráes" realizada por el autor para obtener el título de Doctor en Artes en la Universidad de Antioquia. El director de la tesis fue el Doctor Luca Bullaro.

\*\* Arquitecto, magíster en Historia del Arte de la Universidad de Antioquia y Doctor en Artes de la misma universidad, Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia y Asociado de la UPB, diseñador en su estudio particular. Acreedor de varios premios y menciones nacionales e internacionales y ganador de algunos concursos nacionales de arquitectura. Autor de múltiples artículos y de los libros *Escuela 21* (2006), *Fundamentos teóricos para la proyectación arquitectónica* (2008), *Habitarte. La mirada crítica desde el espacio escultórico contemporáneo hacia la arquitectura doméstica actual* (2009), *Medellín, 333 años, 333 arquitecturas* (2009), *El péndulo del hogar. Historia crítica del espacio doméstico en Occidente* (2011) y *La investigación en los campos de la arquitectura* (2015). Director y coautor de la serie OBRA. Conferencista en eventos nacionales y profesor invitado en varias universidades.

los imperios agrarios, en donde los asentamientos dieron cabida a unidades adosadas y en los que el espacio doméstico se consolidó abriendo universos significativamente humanos. Los rastros de casas con patios en aquellas ciudades son muy antiguos<sup>1</sup> y un hecho muy significativo es que en el Neolítico, en Khirokitia (Chipre), aparece un óculo cenital para la salida de humos en las casas, función que pudiera ser el origen del patio, que evolucionaría hasta convertirse en recinto ordenador del universo íntimo con simbolismos asociados a mundos superiores.

En tal sentido y teniendo en cuenta el contexto propio de este artículo, cabe señalar que en algunos de los centros preurbanos amerindios también apareció el patio; sin embargo, no fue este el modelo retomado por los españoles y en cambio entonces vio truncado su proceso evolutivo natural al desaparecer junto con la cultura nativa.

Ahora bien, para establecer una sintética historia universal del desarrollo del arquetipo patial, debe tenerse en cuenta que el patio doméstico tuvo un hito fundamental en Creta, cuyas casas giraban en torno a patios en los que se realizaban festividades religiosas; allí, la arquitectura doméstica mantenía su papel de soporte de la fantasía mítica borrando los límites con la realidad. Como se sabe, tanto la cultura cretense como la micénica constituyeron parte de la griega, que también tuvo influencia de la mesopotámica, la

minoica y la egipcia; fue así como en la antigua Grecia el espacio doméstico se mantuvo introvertido, más modesto que entre los micénicos y se redujo a pequeños sistemas, casi siempre de un nivel en torno a uno o dos patios; pero la casa griega conservó en su estructura simbólica el carácter numinoso del hogar, incluso algunas de sus habitaciones se construyeron en forma de *megaron*. Posteriormente, el espíritu romano sintetizó el pensamiento y la sensibilidad de los pueblos que conquistó y la de aquellos que le dieron origen, especialmente los griegos y los etruscos; de tal manera, en Roma convivieron las *insulae* y las *domus* que acogían el tipo patial para el espacio doméstico dándole continuidad evolutiva.

Por su parte, en el contexto español, los fenicios, que también tenían patios en sus palacios, se constituyeron en los ancestros de los cartagineses, quienes derrotados por los romanos, fueron incorporados al Imperio; así, los romanos impusieron sus modos de vida y sus soportes materiales, entre los cuales estaba la casa de patios. Por otro lado, la herencia árabe, que llegó a España con la ocupación islámica, fue clave en la Colonia americana, toda vez que la Reconquista española estaba todavía viva en el ambiente, de tal manera, la arquitectura musulmana reforzó en el patio doméstico español la sensualidad y el significado religioso, subrayando la introversión del tipo.

Como puede verse, el origen del patio doméstico impuesto por los españoles en Hispanoamérica es múltiple, su condición utópica constituye uno de los elementos más representativos de la órbita íntima y desde los comienzos de la civilización es lugar de confluencia de la dinámica de la vivienda, de

<sup>1</sup>Se destacan Jericó (7220 - 5850 a.c.), Catal Hüyük (8750 a.c.), Haçilar (6800 a.c.), Mohenjodaro (tercer milenio a.c.), y Mesopotamia (yacimientos neolíticos de Tell es-Sauwan y Hassuna).

conexión trascendente con lo celeste, dispositivo de control bioclimático y ordenador geométrico de los recintos “[...] dotándoles de una superior unidad, de manera que el organismo en su conjunto tiende a la introversión y todas sus partes recrean la integridad de ese núcleo íntimo [...]” (Martí, 1993, p. 16). Su capacidad de adaptación a emplazamientos y modos de vida, lo hacen instrumento versátil de carácter universal, manifestando que “el ser es por turnos condensación que se dispersa estallando y dispersión que refluye hacia un centro” (Bachelard, 1993, p. 256). De tal manera, “las reglas y principios del sistema, ligadas a una lógica formal y espacial que podría definirse como inexorable, traspasaron así épocas y lugares [...]” (Capitel, 2005, p. 16), lo cual indica que este tipo ancestral es un arquetipo, al cual probablemente se hubiera llegado con la evolución natural de la cabaña amerindia, también arquetípica.

Además, todo muestra que

[...] debe existir una disposición, inconsciente al individuo, de difusión por así decir universal; una disposición en efecto, que es capaz de producir, en todos los tiempos y en todos los lugares, en principio los mismos símbolos o, al menos, muy semejantes (Jung, 1990, p. 133).

Así ocurre con el tipo patial, en el que Cielo y Tierra se encuentran, pero no ya bajo la mirada mágica propia de la cabaña prehispánica, sino desde una noción de carácter estético y religioso, que en términos de Amos Rapoport (1969, p. 101) representa la actitud simbiótica, en la cual naturaleza y hombre están en equilibrio y este se siente responsable de aquella ante Dios. Y dado que lo poético es el

aspecto significativo del tipo porque es lo que crea singularidad conduciendo a la identificación cultural, se puede plantear que el reconocimiento y la percepción de sus formas constituyen un registro espiritual, que para el caso del arquetipo patial, adquieren el simbolismo de la estructura vertical que une a los mortales con las dimensiones superiores.

### El simbolismo

65

Bien se sabe que la mirada naturalista fue la base de la concepción del mundo del Renacimiento, dentro de la cual la obra artística da la impresión de unidad y continuidad, de homogeneidad y de simpleza; así, la percepción del espacio arquitectónico es fluida, el desplazamiento es continuo y desde cada componente se atisban los contiguos. De allí que la experiencia estética en las casas de patios despliegue un continuum perceptual de dinámica interrelacionada, y el espacio doméstico se percibe como un sistema interconectado de situaciones en un escenario vinculado con el Cielo a través de los patios; en consecuencia, la experiencia existencial doméstica, de condiciones eminentemente estéticas, se entiende como una extensión del sentido religioso vital.

Esta experiencia arquitectónica es, siguiendo a José Luis Pardo (1992, p. 22), simultáneamente causa y efecto de la conversión renacentista del orden espacial en *res extensa* basada en la abstracción geométrica y del surgimiento de un universo no espacial, la *res cogitans*, cuya subjetividad da lugar a la interioridad del ser. De aquí que el espacio doméstico y su soporte material constituyan la dualidad racional inseparable de la intimidad moderna, que se implantaría en la

América colonial a través de la casa patial.

## La poética

66

Aunque las características de las casas de la mayoría de los poblados coloniales americanos eran muy básicas, más que la definición tridimensional y material de la tectónica, lo importante fue el establecimiento introvertido del soporte doméstico cuya conexión simbólica con el Cielo a través del patio marcó la mirada estética que encaraba. Como ocurrió, lo natural era que los inmigrantes trajeran sus costumbres y creencias, y para ello requerían el escenario conocido de sus casas. Entonces, los ibéricos ordenaban a los alarifes la construcción de sus viviendas con base en un patio como núcleo vital en contrapunto con el exterior; ese vacío abierto y su sistema eran la transposición del arquetipo que llegaba a América constituyendo un escenario místico, puesto que “la aparición de los arquetipos tiene un declarado carácter numinoso que, si no se quiere llamar ‘mágico’, hay que llamar espiritual” (Jung, 1994, p. 149). Esta connotación del tipo traía consigo la estructura vertical simbólica de apertura al cielo para recrear la creencia extendida por Europa y Asia de que “[...] el alma se desprenderá más fácilmente de su cuerpo si esa otra imagen del cuerpo-Cosmos que es la casa presenta una fractura en su parte superior” (Eliade, 1992, p. 147).

Ahora bien, fuera de la casa de patios urbana se estableció una deriva campestre del tipo en donde también se moraba en el ambiente religioso colonial, y tanto en las urbanas como en las rurales los patios escenificaban la adaptación amable que el arquetipo

hacía sobre el emplazamiento gracias a su capacidad de establecer armonías con la naturaleza en “[...] una especie de topografía artificial que acaba confundiendo con el propio sitio [...] confirmando la recurrencia de la idea, la persistencia del tipo” (Martí, 1993, p. 102), que en última instancia contribuye con una percepción positiva del mundo terrenal; en tal sentido, la experiencia estética se acercaba notablemente al estado ideal de la vida en equilibrio con lo natural.

Quizás la atracción de la casa de patios, en general, pueda ser explicada por su condición arquetípica, ya que en ella “se puede percibir la energía específica de los arquetipos cuando experimentamos la peculiar fascinación que los acompaña. Parecen tener un hechizo especial” (Jung, 1969, p. 79); son como imanes memoriales portadores de una cualidad que trasciende sus muros para depositarse en la profundidad del ser y que se vincula con las condiciones básicas de la especie, especialmente las de carácter religioso y estético. La casa de patios favorecía la imagen estética y mística, sin importar su ubicación, dimensión u opulencia, pues el tipo es el que determina la esencia profunda de la experiencia, ya que él se va formando en relación a un conjunto de exigencias prácticas e ideológicas de la existencia (Argán, 1969, p. 61). Así, la mecánica del tipo patial, y sobre todo su estética trascendental instaurada con los elementos naturales, fueron las pautas fundamentales de la concepción del espacio doméstico colonial hispanoamericano.

En estas casas, el zaguán, que conectaba el exterior público con el patio interior y que se delimitaba con un portón y un contraportón, definía

un filtro entre los universos de lo íntimo y lo mostrable, constituyendo un sistema de gradación espacial en el cual los dormitorios se encontraban en torno al primer patio conectados con un corredor perimetral que además servía para innumerables actividades complementarias a la intimidad. Tal sistema espacial respaldaba la noción de resguardo, ya que “este territorio privado hay que protegerlo de las miradas indiscretas, pues cada quien sabe que el menor alojamiento descubre la personalidad de su ocupante” (de Certeau, 1999, p. 147) y, por lo tanto, los extraños solo podían acceder hasta el zaguán.

Por otro lado, el ambiente religioso impreso en la casa colonial, propio del espacio doméstico universal y ancestralmente, se subrayaba con las imágenes sagradas y con las costumbres devotas de sus gentes, fortaleciendo la condición numinosa del tipo, bajo la cual se construía un mundo de pulcritud para morar bajo los preceptos de una estética clásica y austera de orden mimético con la búsqueda simple del equilibrio, la justa medida y la disposición geométrica. La experiencia íntima tenía entonces enormes posibilidades estéticas y espirituales gracias al vacío articulador, evidenciando que “los tipos arquitectónicos son creados por nosotros y surgen de nuestro esfuerzo por hacer reconocible, inteligible, la estructura profunda del mundo material” (Martí, 1993, p. 26), que soporta la visión del universo y de lo habitable; por eso la casa era entendida como la extensión del ser que requiere un entorno poético para desplegar su acción, ya que el “ser es *ante todo* ser sensible, ser sentido” (Pardo, 1992, p.26).

Esta condición estético-poética que involucraba a la naturaleza de manera simbiótica, sumada al carácter religioso que dominaba el espacio doméstico, se comprometía con el honor del hogar asociado a la virginidad y a la fidelidad femenina; por eso, no es casual la condición de aislamiento e introversión del recinto doméstico colonial que se cierra al exterior para mantener a salvo el codiciado tesoro de las mujeres, constituyendo un espacio hermético cuyas raíces ancestrales se emparentan con la cualidad sacra de la casa, por eso “[...] el hecho de que la casa con patio es muy parecida en Grecia, en el norte de África y en América Latina, sugiere que se relaciona con algún factor social, que puede ser la extrema necesidad de privacidad para las mujeres, que son enclaustradas” (Rapoport, 1969, p. 88).

Incluso desde niñas, las mujeres se encerraban en sus casas obligadas a la concentración de la mirada sin horizonte extenso, cuya única salida al infinito la encontraban en el firmamento celeste. De allí también se derivan entonces las calidades y características de muchos componentes arquitectónicos como los “[...] enormes zaguanes provistos de macizas puertas con trancas de madera y cerraduras colosales; [así como las] robustas rejas de hierro suficientes para aplacar los celos del más testarudo marido [...]” (Cordovez, 1962, p. 816). No obstante, es conveniente recordar que la historia global del espacio doméstico muestra que la introversión y el aislamiento son condiciones fundamentales de su recinto arquitectónico, por eso la casa colonial, reproduciendo estas características ancestrales se cierra francamente hacia el exterior con

sus gruesas tapias; y aunque no se puede afirmar que dichas condiciones se deban exclusivamente al objetivo de confinar a las mujeres, sino también a la necesidad de aislamiento general del ser, además del sistema delimitante, el espacial materializaba los filtros requeridos para preservar la sexualidad sagrada.

68

En consecuencia, la casa solo se abría de manera contundente y casi exclusiva al cielo a través de sus patios, evocando de forma virtual la mirada divina, pues el patio es la ventana de comunicación directa con Dios, como lo había sido desde siempre y de acuerdo con el carácter numinoso del hogar. Bajo esta noción sobrenatural del arquetipo, el ser encontraba el escenario adecuado para la espera del tránsito a la vida eterna, ya que [...] la vida debe responder a la respuesta de la muerte, no huyendo, sino haciendo que la fuga actúe y cree” (Deleuze y Guattari, 1994, p. 112). Así también, el espacio doméstico, como extensión de la femineidad que comporta el momento originario de la creación divina, exaltaba y manifestaba el sentido celestial, que colado por los patios, introducía en el hogar la estructura sagrada del mundo pues “el Cielo revela, *por su propio modo de ser*, la trascendencia, la fuerza, la eternidad” (Eliade, 1992, p. 103), acentuando el aspecto numinoso de la casa, y que le otorgan cierta condición venerable a la vivienda, recordando que ella es templo santo y expresando el sentimiento de ser consagrada porque, como lugar privilegiado, permite que desde ella se acceda al Cielo, ya que “[...] ‘nuestro mundo’ es una tierra santa porque es el lugar más próximo al Cielo” (Eliade, 1992, p. 39), de tal suerte, el patio establecía el Cielo en la

casa, instauraba una postura cultural que veía en el firmamento al Padre que todo lo observa, fuente misteriosa de soporte vital y punto de retorno después de la vida terrenal.

En oposición a la eternidad de lo celeste se revelaba también la condición efímera de los mortales que, frente al estático tiempo colonial, se manifestaba mediante la fugacidad del instante y del cambiante tiempo atmosférico; así, el movimiento de las nubes y el versátil color de la paleta celeste sacuden la materia del ser para hacerle ver la presencia de su interior y la promesa anhelada de la vida eterna. En tal sentido, el patio incorporaba el ciclo eterno de la vida y la muerte, de la resurrección luego de la oscuridad nocturna, cuya secuencia motiva el comportamiento estético desde la base de la sensibilidad visceral, que según Leroi-Gourhan (1971, p. 277) está ligada a los ritmos y a la alternancia de los tiempos de sueño y vigilia, que a su vez atienden una estructura superior dispuesta por los días y las noches, los cambios meteorológicos y las estaciones. De esta manera, el patio imponía la recurrencia cósmica enriquecida por los detalles naturales que traían a la intimidad el deleite en lo vivo, la contemplación del mundo, la inspiración vital, el soplo divino que da realidad al mundo, el deleite en el olor, la textura, los sonidos, la humedad.

En efecto, por ejemplo, con frecuencia las flores eran un componente fundamental del patio con una impresionante orquestación de especies creando un microcosmos hecho a imagen y semejanza del universo bajo el control racional del orden geométrico y la manipulación sobre la vida salvaje para instaurar la



razón humanizadora sobre el mundo. El tipo arquitectónico entonces era dispositivo estratégico que no solo disponía un soporte acogedor y conectado con Dios, sino que además potenciaba la imagen estética del mundo asociada a lo natural. De tal manera, la naturaleza presente en la casa y particularmente en sus patios, contribuía con el aspecto místico del hogar pues “para el hombre religioso, la Naturaleza nunca es exclusivamente ‘natural’: está siempre cargada de un valor religioso” (Eliade, 1992, p. 101). Entonces, estos recintos aludían a la dimensión trascendente estableciendo la relación vertical simbólica que le daba un sentido sagrado a la vida pues “la simple contemplación de la bóveda celeste basta para desencadenar una experiencia religiosa” (Eliade, 1992, p. 102) y la conciencia de saber una altura infinita despierta el sentido de lo eterno como atributo de las divinidades.

Se puede entonces recalcar el carácter estético de este tipo cuya geometría catalizaba la percepción armónica de la satisfacción a las necesidades del ser, produciendo una sensación afectiva placentera. Además, la espiritualidad, cuya visibilidad celeste implicaba una presencia condicionante, evidenciaba que “el mundo físico es un proceso distendido en el tiempo y carece de

simultaneidad” (Arregui y Choza, 1993, p. 58); de tal manera puede afirmarse que la realidad que construye el arquetipo de patios es la proyección externa del ser que habita el mundo a la espera de su trascendencia y que, por lo tanto, carece del instante de su limitada materialidad para encontrar en la infinitud su verdadero y profundo sentido.

En síntesis y acogiendo el pensamiento heideggeriano retomado por Félix Duque (2008, pp. 136-140), la casa de patios colonial hispanoamericana, mediante el vacío de su núcleo, salvaba la tierra, en tanto que la actitud simbiótica preservaba el equilibrio natural; permitía recibir el cielo como cielo, en la medida en que él cobijaba el espacio doméstico para determinar la percepción estética que inducía una respuesta afectiva positiva; establecía el dispositivo adecuado para esperar a los seres divinos en cuanto divinos, cuya virtualidad hacía presencia a través de la condición celeste que paradójica y poéticamente permitía sentir la ausencia de lo divino y que determinaba el vivir estando a la muerte, para entenderla como el final de la fugacidad existencial, propia de los mortales que anhelan la liberación de la carne para volver a lo esencial y eterno.

## Referencias

Argán, G. (1969). *Proyecto y destino*. Caracas: Universidad Central.

Arregui, J. y Jacinto Choza (1993). *Filosofía del hombre*. Madrid: Rialp.

Bachelard, G. (1993). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.

Capitel, A. (2005). *La arquitectura del patio*. Barcelona: Gustavo Gili.

70 Cordovez, J. (1962). *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Madrid: Aguilar  
de Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano II. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Deleuze, G. y Félix Guattari (1994). *Mil mesetas*. Valencia: Pre-textos.

Duque, F. (2008). *Habitar la tierra*. Madrid: Abarra.

Eliade, M. (1992). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Labo.

Jung, C. et al. (1969). *El hombre y sus símbolos*. Madrid: Aguilar.

Jung, C. (1990). *Formaciones de lo inconsciente*. Barcelona: Paidós.

Jung, C. (1994). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona: Paidós.

Leroi-Gourhan, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas: Universidad Central.

Martí, C. (1993). *Las variaciones de la identidad*. Barcelona: Serbal.

Pardo, J. (1992). *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pre-textos.

Rapoport, A. (1969). *Vivienda y cultura*. Barcelona: Gustavo Gili.